



DOCUMENTO DE TRABAJO

9313

INSERCIÓN PROFESIONAL DE LOS JOVENES
Y REFORMA EDUCATIVA.

Antonio de Pablo

INSERCIÓN PROFESIONAL DE LOS JOVENES Y REFORMA EDUCATIVA.

Antonio de Pablo
Universidad Complutense

La inserción profesional de los jóvenes es, sin duda, el elemento fundamental en su incorporación como adultos a la sociedad. De ella dependen en gran medida otros aspectos de su desarrollo como personas y como ciudadanos y, consiguientemente, también el progreso económico y social de la propia colectividad. De ahí la importancia de que este paso de la escuela al mundo del trabajo se realice en las mejores condiciones para el mayor número de jóvenes posible.

El modo como se desarrolla hoy este proceso ha experimentado, sin duda, cambios importantes respecto de las formas que pudo tomar en el pasado. Con la ampliación del período escolar, la transición de los jóvenes al mundo laboral ocurre a edades más avanzadas; presenta considerables dificultades para amplios sectores, debido sobre todo al incremento del paro y a la precariedad de los mercados de trabajo; y, en general, tiende a prolongarse durante un período de tiempo bastante más largo de lo que pudo ser en otras épocas.

Si unimos la importancia de la inserción profesional con las dificultades para que el proceso tenga éxito, se comprenderá la preocupación que existe en nuestras actuales

sociedades por encontrar los cauces adecuados para un buen desarrollo del mismo (Adamski y Grootings, 1989; Coleman y Husen, 1989; Wallace y Cross, 1990).

El largo período de tiempo que a menudo transcurre desde que el joven abandona la escuela -durante la enseñanza obligatoria, al término de la misma o tras cursar la secundaria postobligatoria- hasta que se encuentra ubicado en el mundo laboral con un mínimo grado de estabilidad, puede sin duda ser aprovechado mucho mejor de lo que hoy lo es en buen número de casos (Casal, Masjuan y Planas, 1990; Planas, Masjuan y Casal, 1990). Con ello, se conseguiría unos 'itinerarios de transición' bastante menos aleatorios, menos precarios, y más ricos en términos de formación -académica y profesional-, así como de socialización al mundo del trabajo.

Nuestro objetivo en estas páginas es ver en qué medida la Reforma educativa que ha terminado por plasmarse en la LOGSE, está en condiciones de favorecer, en el caso de los jóvenes no universitarios, procesos de transición profesional con estas características. Nuestra valoración sobre las posibilidades de la Reforma a este respecto se apoya fundamentalmente en el análisis de la realidad educativa, incluida la de los centros experimentales de Reforma, tal y como hemos podido observarla en nuestros estudios (De Pablo, 1993). En el último apartado, a partir de este análisis de los problemas y de las potencialidades que encierra la Reforma, hemos tratado de ver hasta qué punto se pueden abordar esos problemas y favorecer el desarrollo de esas potencialidades, a través sobre todo de una mayor conexión entre el contexto educativo y el medio laboral.

1. La salida del sistema educativo.

Para empezar, interesa ver cuál es el nivel de

preparación académica y profesional con que salen los jóvenes del sistema educativo. ¿Con qué bagaje se presentan hoy en nuestra sociedad los jóvenes ante el mercado de trabajo? ¿En qué condiciones se encuentran desde el punto de vista educativo a la hora de incorporarse al mundo laboral? Veamos algunos datos que nos pueden permitir responder a estas preguntas.

Un primer aspecto a señalar es la evolución creciente de las tasas de escolarización hasta edades cada vez más avanzadas. Aunque con retraso respecto de otros países de nuestro entorno, también en España ha crecido de manera importante el alumnado en las Enseñanzas Medias. Concretamente, en los doce años que van del curso 1976-77 al 1987-88, el número de alumnos matriculados en BUP y COU se ha incrementado prácticamente en medio millón y en cerca de 400.000 en FP; lo que da como resultado en la última de esas fechas unos totales de 1.355.000 y 960.000 alumnos respectivamente (CIDE, 1991).

Desde el punto de vista de la inserción laboral, esto está haciendo obviamente que se retrase la edad en que muchos jóvenes abandonan el sistema educativo y, consiguientemente, la de su incorporación al mundo del trabajo. Pero, por otro lado, cabe suponer, al menos en principio, que salen con una mejor preparación académica y profesional; lo que, unido a su mayor madurez, debería permitirles abordar la incorporación al mundo del trabajo en condiciones más favorables.

Cuando se miran las cosas desde un punto de vista más cualitativo, sin embargo, la situación no parece tan positiva. Muchos de estos jóvenes abandonan el sistema educativo con una preparación bastante escasa, tanto desde el punto de vista académico como profesional. Algunos indicadores nos pueden dar una idea bastante clara de lo que ocurre a este respecto.

En el caso de la FP, buen número de alumnos llegan ya de la EGB con un cierto retraso: en torno a un 40% de los ingresos en el 1º curso están por encima de la edad considerada

normal para iniciar estos estudios. Retraso que se mantiene y se agudiza a lo largo del ciclo escolar, llevando en bastantes de los casos al abandono. De hecho, la cuarta parte abandona los estudios ya en el 1º curso; y otros tantos lo hacen al finalizar el 2º. De los que acaban, el 60 % lo hace con retraso respecto de la edad teórica. Luego, prácticamente la mitad -el 47%- de los que terminan FP I no pasa a FP II. Y, durante los cursos de este Segundo Grado, aunque el abandono es ya menor, todavía hay cada año en torno a un 30% que no promociona de curso. Lo que hace que el número de repetidores sea considerable. Al final, los que logran terminar lo hacen con bastante retraso (CIDE, 1991).

En el BUP, aunque la situación no es tan crítica como la de los primeros cursos de la FP, las tasas de repetidores y de abandonos son también importantes. Según los datos del Ministerio, se calcula que no pasan de la mitad -en torno a un 48% de una cohorte de edad- los alumnos que logran terminar el BUP, aunque sea con retraso. Lo que nos indica ya las dificultades que ha tenido durante esos años una buena parte del alumnado, repitiendo cursos y, en bastantes casos, no llegando a terminar los estudios (CIDE, 1991).

Dentro de esta evolución de las Enseñanzas Medias, hay un fenómeno que, desde el punto de vista de la inserción laboral, merece la pena destacar. Y es la creciente importancia, tanto cuantitativa como cualitativa, que ha venido adquiriendo la Formación Profesional de 2º Grado. Por un lado, aunque todavía en una proporción insuficiente, cada vez son más los jóvenes que, al término de la FP I, continúan estudios de FP II. Y, por otro, hay un número creciente de estudiantes con BUP que se incorporan también a la Formación Profesional en los cursos del 2º Grado, hasta el punto de que pueden llegar a representar la mitad de los nuevos ingresos en FP II (CIDE, 1991). Sin duda, la Formación Profesional de 2º Grado está siendo cada vez más valorada por amplios sectores de jóvenes, que la consideran un buen cauce para su incorporación al mundo del trabajo.

Con todo, hay que reconocer que, hoy por hoy, son todavía minoría los jóvenes de estas edades que logran culminar con éxito los estudios de Formación Profesional a este nivel. La mayoría de los que no llegan a cursar estudios superiores, abandona el sistema educativo con un bagaje y una preparación bastante inferiores a los de la FP II, por limitado que éstos puedan ser. La prueba de ello puede verse con toda claridad en los datos que proporciona la Encuesta de Población Activa sobre el nivel de estudios terminados de los jóvenes que, a partir de los 16 años, abandonan el sistema educativo para incorporarse al mundo laboral. La siguiente Tabla nos proporciona una visión bastante completa de lo que ocurre a este respecto a la altura de 1992.

Tabla 1. Jóvenes que no cursan estudios, por nivel de estudios terminados (en miles)

Estudios terminados	16-19 años			20-24 años		
	V	M	Ambos	V	M	Ambos
Sin estudios	3.6	4.5	4.0	2.8	2.9	2.9
Primarios	23.8	19.4	22.0	19.7	15.2	17.7
ECB	58.9	63.5	60.8	48.1	47.2	47.7
BCP y COU	3.5	4.1	3.8	8.8	10.1	9.4
FP I	8.3	6.6	7.6	9.0	9.3	9.1
FP II	1.5	1.5	1.5	8.6	8.3	8.5
Superiores	-	-	-	1.3	3.9	2.4
	-----	-----	-----	-----	-----	-----
%	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N	(553.1)	(370.4)	(923.5)	(1.155.3)	(930.5)	(2.085.9)
% respecto del total de jóvenes...	39.7	27.7	33.8	69.4	60.1	64.9
N	(1.393.7)	(1.338.9)	(2.732.7)	(1.664.6)	(1.548.9)	(3.213.5)

Fuente: E.P.A., 2º trimestre 1992.
Elaboración propia.

Si nos fijamos en el dato más general -la proporción de jóvenes que está ya fuera del sistema educativo en cada uno de los dos grupos de edad-, vemos que entre los de 16-19 años éstos representan un tercio; dos tercios siguen, pues, todavía algún tipo de estudios. La proporción se invierte prácticamente en el grupo de 20-24 años: casi dos tercios han dejado ya los estudios, mientras todavía un tercio sigue estudiando. Por sexos, se notan diferencias claras: en ambos grupos de edad, las chicas tienden a seguir estudiando en mayores proporciones que los chicos. Estos datos no son más que el reflejo del importante crecimiento de las tasas de escolarización en estas edades a que nos hemos referido antes.

Pero veamos la situación de los que ya no estudian, que son los que nos interesan aquí más directamente. ¿Con qué nivel de estudios salen del sistema educativo para incorporarse al mundo laboral? La primera hornada -esos más de 900.000 jóvenes entre 16 y 19 años que ya no estudian- son sin duda los que se acercan al mercado laboral en peores condiciones. Han sido los primeros en abandonar la escuela y, consiguientemente, son quienes menos han sacado de ella. Aunque hay un cierto número que ha terminado el BUP o la FP (fundamentalmente, el 1º Grado), la gran mayoría no ha ido más allá de la Enseñanza General Básica.

Dentro de ellos, cabe todavía distinguir unos de otros. Los peor situados son, evidentemente, ese 26% sin estudios o tan sólo con estudios primarios (los correspondientes a la 1ª etapa de EGB). Entre ellos están quienes abandonaron la escuela antes incluso de terminar la EGB o los que, aún sin abandonarla, no consiguieron el Graduado Escolar. El grupo más numeroso -los que han terminado EGB- está formado no sólo por quienes abandonaron la escuela en ese momento, sino también por todos aquellos que empezaron estudios secundarios -BUP o FP- sin conseguir acabarlos. Unidos a los anteriores, representan la gran mayoría, más del 85% de los jóvenes que se acercan al mercado de trabajo antes de los 20 años. Tan sólo un 13% de ellos aproximadamente tiene BUP o FP (de 1º Grado, sobre todo); que tampoco es mucho tal y

como está hoy el mercado laboral.

Por eso precisamente otros compañeros suyos continúan en el sistema educativo, tratando de alcanzar una titulación académica más alta que les permita incorporarse al trabajo en mejores condiciones. Los resultados a que llegan estos otros jóvenes pueden verse reflejados en la parte derecha de la Tabla, a través del nivel de estudios alcanzado por el grupo de 20-24 años. A diferencia del grupo de 16-19 años, aquí están ya reflejados prácticamente todos cuantos acceden al mercado de trabajo con niveles de estudios medios o por debajo de ellos; lo que nos permite tener una visión más completa del conjunto. ¿Y qué vemos?

Vemos que, a pesar de haberse ya incorporado los que en el grupo de edad anterior estaban aún estudiando, siguen siendo mayoría, un 68%, quienes no han completado otros estudios que los de EGB; en el caso de los chicos, el porcentaje es aún mayor. Otro 9% tiene hecha FP I, un 10% BUP y tan sólo un 8.5% cuenta con una formación profesional de una cierta entidad como es FP II.

En cuanto al grupo con estudios superiores, se trata sobre todo de carreras de ciclo corto, aunque hay también algunos que han terminado ya carreras de ciclo largo. En conjunto, como puede verse, no son muchos y ocurre con más frecuencia en el caso de las mujeres que de los hombres. Ciertamente, este número se ampliará a medida que vayan terminando los actuales estudiantes. Aunque tampoco hay que olvidar que una parte de ellos abandonará en el camino, con lo que se presentará al mercado laboral sin el correspondiente título superior.

En resumen, podemos decir que la imagen que se desprende del análisis de estos datos no es demasiado positiva. Nos encontramos ante una juventud con niveles educativos bastante bajos en su conjunto. Han aumentado ciertamente las tasas de escolarización a estas edades, pero los resultados no parecen

haber mejorado en consonancia. Son demasiados los jóvenes que salen del sistema educativo sin la preparación, académica y profesional, necesaria para poder incorporarse en condiciones al mundo del trabajo. Situación ésta a la que precisamente se propone dar respuesta la nueva reforma educativa plasmada en la LOGSE.

2. La ESO y los Bachilleratos: La cuestión de la 'terminalidad'.

Uno de los principales interrogantes que se plantean ante la aplicación de la LOGSE es en qué medida los nuevos planteamientos van a ser capaces de abordar los problemas que acabamos de ver. ¿Se aportan realmente soluciones, tanto al bajo nivel académico como a la falta de capacitación profesional?

Ciertamente, en la nueva estructura del sistema educativo hay propuestas encaminadas a la solución de estos problemas. En general, son propuestas que tratan de combinar de alguna manera los aspectos académicos y los profesionales. Así, por ejemplo, con la Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) hasta los 16 años, se busca mejorar la base académica de todos aquellos que abandonen el sistema educativo al término de la escolaridad obligatoria. Lo que se completará después, desde el punto de vista de la capacitación laboral, con los Módulos de Formación Profesional de nivel medio. Y un esquema similar está previsto para quienes pasen a la Secundaria post-obligatoria: tendrán primero el Bachillerato en sus diferentes modalidades, con la posibilidad de realizar después un Módulo Profesional de nivel superior antes de incorporarse al mundo laboral.

La cuestión que se plantea, sin embargo, es en qué medida estos esquemas, tal y como están previstos en la LOGSE, tienen realmente posibilidades de alcanzar los objetivos que se

proponen. Veamos primero lo que hace referencia a la parte académica -la ESO y los Bachilleratos-, dejando la cuestión de los Módulos Profesionales para después.

Como es evidente, el mero hecho de que con la Enseñanza Secundaria Obligatoria se amplíe la edad escolar hasta los 16 años, no resuelve problemas tan serios como los que existen hoy en los primeros cursos de FP, por ejemplo. Una cosa es retener a los alumnos en los centros durante un período más largo y otra -bastante más complicada- conseguir que estén motivados y se formen.

En principio, la desaparición a estas edades de la actual línea divisoria entre FP y BUP, la integración de todos en un mismo esquema, puede contribuir a motivar a aquellos alumnos que, como los de FP, se han visto tradicionalmente discriminados. De hecho, por lo que hemos podido observar en algunos centros de Reforma, la impresión de los propios alumnos es que están todos más mezclados que antes. Con ello, se desdibujaría un tanto -para emplear una de sus expresiones- la distinción entre 'tontos' y 'listos' que de alguna manera han representado siempre la FP y el BUP.

Pero hace falta bastante más que esto para que disminuyan de forma importante el fracaso escolar y las tasas de abandono hoy existentes. ¿Qué aporta realmente de nuevo la LOGSE a este respecto? Si comparamos la ESO (2º ciclo) con la actual FP I, se puede constatar un doble cambio: por un lado, se refuerzan las materias más académicas respecto de lo que éstas representan en los dos primeros cursos de FP; pero, por otro, se debilita la parte específicamente profesional: la Tecnología y las Prácticas propias de la especialidad.

El cambio tiene una clara fundamentación. Al ampliar la enseñanza obligatoria hasta los 16 años y hacerla común para todos, es evidente que la formación profesional específica no puede empezar hasta después de esta edad. Se trata precisamente

de posponer la separación entre los que continúan estudios y quienes los abandonan para acceder al mundo del trabajo. Con lo que se amplía en dos años el período de educación básica para todos, incluyendo ahora la Secundaria Obligatoria. Así se espera proporcionar una mejor preparación que sirva, a los unos para continuar con aprovechamiento sus estudios y a los otros para, tras el paso por un Módulo Profesional, poder acceder al trabajo en mejores condiciones de lo que muchos de ellos lo vienen haciendo hasta ahora.

En la realidad, sin embargo, las cosas no parecen ser tan sencillas. El cambio que supone la LOGSE, si se lo mira desde el punto de vista de los alumnos que tienen dificultad con los estudios, parecería que viene a reforzar aún más esta dificultad. De hecho, se amplía la parte del curriculum que más problemas les plantea y ante la que están menos motivados; es decir, la de las materias académicas. Y, al mismo tiempo, se debilita la otra parte -la específicamente profesional, más práctica y más aplicada- que es con la que más a gusto se encuentran. Para compensar de alguna manera este desequilibrio, se añaden dos elementos de carácter 'profesionalizador': el área de Tecnología y la posibilidad de materias optativas, sobre todo en el último curso. Cabe preguntarse, sin embargo, si es esto suficiente para lograr un cierto equilibrio dentro de la programación de la ESO, que permita hacerla verdaderamente 'terminal' para todos aquellos que no pasen a los Bachilleratos.

Para ser realmente terminal, esta etapa educativa ha de poder aportar soluciones al principal problema con que se encuentran hoy muchos de estos alumnos: su escasa motivación para el estudio. En el caso de los alumnos que llegan a FP, por ejemplo, el volver a encontrarse con las mismas materias que les han hecho ya sufrir en EGB no favorecen en ellos la motivación necesaria para el nuevo esfuerzo que se les pide ahora. Un esfuerzo realmente considerable si se tiene en cuenta el bajo nivel con que llegan muchos de ellos. Lo que hace que no estén en condiciones de asimilar con aprovechamiento buena parte de la

enseñanza que se les imparte. Así, las experiencias negativas de la etapa anterior, unidas a la dificultad presente por su limitado bagaje intelectual, les lleva a la convicción de que, por mucho esfuerzo que hagan, no van a tener éxito. Llegan ya fracasados y saben que van a volver a fracasar.

Junto a la dificultad en los estudios, el otro factor que no favorece la motivación de estos adolescentes es la falta de relación entre el estudio académico y el mercado de trabajo. No ven el sentido que unos estudios puedan tener para su futuro. Su realidad presente es la que se les impone con fuerza: unos estudios que no les gustan y que, además, no relacionan con un posible empleo a corto plazo. La ligazón del estudio con las perspectivas de trabajo es fundamental. Si las expectativas laborales estuvieran ligadas de alguna manera con su preparación para las mismas, sin duda ello les animaría. Ahí está, si no como prueba, al menos como posibilidad, el ejemplo de los alumnos de los últimos cursos de FP II, cercanos ya a su incorporación al mundo laboral: además de que ya les queda poco -y eso anima-, están en mejores condiciones para ver la importancia de los estudios de cara al mercado de trabajo. Lo que pasa es que éstos son ya la minoría que ha quedado después del abandono de los más.

En este sentido, convertir la ESO en 'terminal' significa lograr que la mayoría se motive en esos años por lo que hace, de manera que los aproveche y salga mejor preparado para su incorporación al mundo laboral. Y eso requiere cambios importantes en la orientación de la enseñanza. Es necesario alcanzar un mayor equilibrio entre lo teórico y lo práctico, entre lo académico y lo profesional. Sólo así puede motivarse a todo ese alumnado que tiene hoy dificultades, consiguiendo que salga de la escuela con una mejor preparación.

Mucho nos tememos, sin embargo, que la Secundaria Obligatoria, tal y como ha quedado definitivamente en la LOGSE, no esté en condiciones de alcanzar ese equilibrio. Una vez más, en la reestructuración del sistema educativo, lo propedéutico

parece haber triunfado sobre lo terminal, los intereses de quienes prosiguen estudios sobre los de aquellos que necesitan prepararse para su inserción inmediata en el mundo del trabajo. Y en esto se ha dado probablemente un paso atrás respecto de lo que ha sido el Bachillerato General (el correspondiente a la ESO, 2º ciclo) en los centros de Reforma durante estos años de experimentación.

En la ESO, los elementos 'profesionalizadores' que se introducen en el currículo -área de Tecnología y materias optativas- no parecen ser un contrapeso suficiente al academicismo que caracteriza el conjunto del programa. Es, sin duda, importante la integración de la Tecnología como área de estudio específica, con entidad propia, al mismo nivel que el resto de las áreas curriculares. Pero está por ver en qué medida esto va a llegar a hacerse realidad en el propio desarrollo de la enseñanza. De hecho, la experiencia de los centros de Reforma a este respecto indica que no va a ser nada fácil lograrlo.

Por lo que hemos podido observar en algunos de estos centros, se tiende a considerar a la Tecnología como una materia 'de relleno'. Ligado básicamente a un doble problema. Por un lado, está su escasa importancia dentro del Plan de Estudios. En las pocas horas que tiene dedicadas, se pretende hacer muchas cosas: la realidad, como señalan nuestros interlocutores, es que

no se realizan en condiciones. El otro problema es el desequilibrio existente entre teoría y práctica. Al igual que en la FP, se pretende hacer actividades prácticas, que permitan a los alumnos adquirir una cierta familiaridad con las situaciones reales. De hecho, sin embargo, la parte práctica plantea normalmente muchas dificultades y apenas se la desarrolla. En el fondo, se la considera algo secundario respecto de la teoría. Y la prueba más clara de ello es que, en la evaluación, como señalan los propios alumnos, lo que realmente cuenta es la parte teórica y no el resultado de las Prácticas. Y eso que aquí

estamos hablando de centros de FP que, sin duda, dan normalmente una mayor importancia a esta temática y que disponen del personal y de los recursos apropiados.

Por su parte, las materias optativas pueden ser sin duda un cauce para introducir actividades profesionalizadoras. Y, en este sentido, pueden ayudar por su carácter más práctico y aplicado a toda una serie de alumnos, además de proporcionarles ciertos conocimientos y habilidades útiles para su incorporación al mundo laboral. La otra cara de la moneda, sin embargo, es que este tipo de materias puede fácilmente devaluarse, convertirse en materias de segunda categoría, en la medida precisamente en que sean los alumnos académicamente más débiles quienes opten por ellas.

De todos modos, pretender convertir una programación escolar como la de la ESO en verdaderamente 'terminal' a partir de las materias optativas es un objetivo poco realista. Se trata de materias complementarias respecto del 'tronco común', que es el que realmente tiene valor académico. Mientras no se consiga un mayor equilibrio dentro del propio tronco común, va a ser difícil compensar el excesivo academicismo hoy existente. Es la introducción de materias profesionalizadoras como parte del tronco común lo que puede darles realmente un valor terminal. Sólo así se convierten en algo considerado importante para todos, y no sólo para los menos capaces, como parte del bagaje educativo necesario en la sociedad actual.

Si ya la Secundaria Obligatoria ha de ser terminal, con más razón necesitan serlo los Bachilleratos, dada la edad a la que van a terminar sus estudios los alumnos. Y así es como, en principio, lo plantea la LOGSE. Según lo previsto, se quiere que las nuevas Modalidades de Bachillerato cumplan la doble función: propedéutica, para preparar a quienes vayan a continuar estudios superiores; y terminal para el resto, con vistas a su incorporación al mundo laboral en las mejores condiciones posibles. El objetivo es ciertamente loable e incluso ambicioso. La cuestión

es ver qué posibilidades tiene de lograrse, tal y como ha quedado configurada la estructura de los nuevos Bachilleratos.

Por los datos que vimos en el primer apartado, el BUP está siendo ya hoy de hecho terminal para muchos de los jóvenes. Pero, está siendo terminal en el sentido de que acaban ahí su paso por el sistema educativo, y no porque les prepare para las actividades profesionales que les esperan en el mundo laboral. De ahí precisamente la tendencia de buen número de ellos en los últimos años a pasar por la Formación Profesional de 2º grado antes de incorporarse al trabajo. Y en este sentido, la LOGSE recoge esta necesidad al proporcionar para quienes no vayan a continuar estudios la posibilidad de hacer un Módulo Profesional de nivel superior como puente hacia el mundo del trabajo.

Al igual que en el caso de la ESO, también aquí el esquema combinado del Bachillerato, en alguna de sus Modalidades, con un Módulo Profesional, tiene su lógica. Lo que ocurre es que, para que funcione realmente el esquema en su conjunto, el carácter 'terminal' de los estudios ha de empezar ya desde el Bachillerato y no sólo en el Módulo. Como veremos más adelante, el funcionamiento de los Módulos Profesionales a este nivel exige como requisito indispensable que los alumnos lleguen con una buena preparación previa, y no sólo de tipo académico. Para lo cual es necesario que los propios Bachilleratos estén ya orientados de alguna manera, aunque sea en sentido amplio, hacia las posibles salidas profesionales.

Esto requiere ciertamente una diversificación de la oferta, posiblemente algo mayor de la que representan las Modalidades de Bachillerato que se ofrecen en la LOGSE. Pero, sobre todo, exige otra orientación, con mayor capacidad de superar el academicismo que ha caracterizado de siempre al Bachillerato. Una orientación que permita equilibrar, más aún que en la ESO, lo académico con lo profesionalizador, lo teórico con lo práctico, para así poder configurar programas de estudio más integrados y con una mayor orientación hacia diferentes campos

profesionales. Cosa que puede ser útil tanto para aquellos que pasen de manera inmediata a los Módulos Profesionales y al mundo laboral, como para muchos de los que piensen continuar estudios en alguno de los diferentes campos profesionales existentes a nivel intermedio o superior.

Lograr que una determinada etapa educativa prepare a la vez a unos para proseguir estudios y a otros para integrarse al trabajo, no es ciertamente tarea fácil, como demuestra la experiencia de países más desarrollados que el nuestro. Con todo, es hacia donde se tiende hoy como respuesta a las plurales necesidades de la economía, de la sociedad y, sobre todo, de los propios sectores juveniles (Spours y Young, 1988; CEDEFOP, 1989). El problema es que los planteamientos de la Reforma educativa, tal como han quedado definitivamente en la LOGSE, no parecen estar en las mejores condiciones para alcanzar este objetivo.

3. Los Módulos Profesionales: Necesidad de mejora.

a). Un contexto motivador.

Para que la terminalidad que se inicia en la ESO o en los Bachilleratos llegue a completarse, uno y otro ciclo educativo necesitan desembocar en los Módulos Profesionales. Estos son el complemento lógico para todos aquellos que vayan a dejar el sistema educativo en ese momento. Así es como están concebidos de hecho los Módulos en la LOGSE, como capacitación profesional específica que prepare a los jóvenes para su inserción en el mundo laboral.

En el caso de los Módulos de nivel 2 -los complementarios de la ESO-, por lo que hemos podido observar en los centros de Reforma que hemos estudiado, están siendo en general un factor positivo para la mayoría de los jóvenes que los realizan.

Contribuyen a motivarlos, ayudándoles incluso a superar algunos de los traumas y de las frustraciones que habían acumulado a lo largo de años.

Y es que el Módulo, tal y como está configurado, tiene para este tipo de alumnado una serie de ventajas. Por un lado, desaparecen las asignaturas más académicas que son las que les han venido complicando la vida desde la EGB; el Módulo tiene una parte teórica, pero se trata de materias específicas, de carácter eminentemente aplicado; de hecho son materias 'teórico-prácticas'. En segundo lugar, está la posibilidad de terminar una etapa de estudios y conseguir una titulación, por elemental que sea, que de otro modo hubiera sido más difícil alcanzar. Y, por último, la posibilidad de hacer Prácticas en las empresas que comporta el Módulo les abre nuevas perspectivas: de contacto con el mundo del trabajo al que quieren acceder y puede que incluso de inserción laboral directa a través de algún tipo de contrato al finalizar las Prácticas.

Desde el punto de vista del propio desarrollo de los Módulos, el bajo nivel con que llega la gente actualmente a ellos -en particular en el caso de los de nivel 2- plantea problemas considerables. A pesar de lo cual, hay un punto clave en la filosofía de los Módulos que parece ayudar bastante a superar esos problemas y dificultades. Y es, concretamente, el intento de ligar lo teórico con lo práctico, como acabamos de señalar.

En la medida en que esto funciona, se consigue que la gente avance, a pesar del bajo nivel con que llegan. Es mucho más fácil motivarles a partir de lo práctico, de hacer cosas. Ese es un terreno en que este tipo de alumnado se encuentra mucho más seguro y con mucha mayor confianza en sus posibilidades que si se les enfrenta directamente con el aprendizaje teórico, que tiende normalmente a bloquearles. A través de esta metodología de trabajo, se consigue que lleguen a ver la utilidad de los conocimientos teóricos imprescindibles para entender lo que están haciendo en la práctica.

En los centros de Reforma donde hemos podido observar un buen funcionamiento de los Módulos, es precisamente porque están tratando de llevar a cabo esta forma de enseñanza-aprendizaje. La idea de los profesores es que hay que partir de la práctica, pero sin quedarse en procesos de puro adiestramiento. Y esto exige la adquisición de conocimientos teóricos por parte del alumno. La cuestión está en cuál es la mejor manera de ayudarlo a asimilar esos conocimientos. En este sentido, se rechazan dos formas de actuar: una, la puramente academicista de pretender que se adquirieran esos conocimientos exclusivamente a través de los libros; la otra, centrada únicamente en la práctica repetitiva de determinados modos de operar. Aisladas, una y otra manera de actuar plantean considerables problemas. La combinación de ambas es lo que facilita un desarrollo satisfactorio del proceso de aprendizaje.

De hecho, en los Módulos, los alumnos tienden a ser bastante activos, a trabajar las cuestiones por su cuenta, más de lo que tradicionalmente lo han hecho en las diferentes materias de FP. Y esto es algo de lo que son conscientes los propios alumnos, como hemos podido constatar.

Además de la relación entre teoría y práctica, hay otra característica de los Módulos que favorece también la participación activa de los alumnos: y es el carácter unitario e integrado de las materias que los forman. El Módulo tiene unos objetivos muy específicos en cada caso, lo que da unidad a las actividades teórico-prácticas que lo constituyen. A diferencia de lo que ocurre con la variedad y dispersión de materias existentes en un curso normal de FP, aquí los temas fundamentales del Módulo están organizados de forma integrada, con vistas a la obtención de unos objetivos bien delimitados y concretos. Y esto facilita sin duda el trabajo de los alumnos, como ellos mismos reconocen.

La gente de los Módulos está viviendo como algo positivo el contraste entre lo que han tenido en los cursos

normales de la FP y lo que tienen ahora. Frente a la dispersión de materias y de personas, aprecian mucho más la continuidad e integración que constatan en los Módulos. Y en esto coinciden también ampliamente los profesores, a pesar de los problemas y dificultades que para ellos puede suponer esta nueva manera de organizar la enseñanza.

b) Resultados cortos.

A pesar de las ventajas que acabamos de ver, los Módulos Profesionales, tal y como vienen desarrollándose en los centros de Reforma, plantean hoy por hoy bastantes interrogantes en cuanto a sus resultados. Sin duda, el hecho mismo de que estemos en un período de experimentación contribuye a que las cosas no estén siempre muy claras. Por otro lado, los resultados no son idénticos en unos centros y en otros, dependiendo de las condiciones internas y externas que caracterizan a cada uno de ellos. Hay, sin embargo, problemas que, por lo que hemos podido observar, parecen ser bastante comunes.

El principal de ellos es la falta de tiempo para realizar los objetivos de formación que se pretende alcanzar con el Módulo. La impresión generalizada es que se trata de períodos de formación demasiado breves, en los que realmente no da tiempo para hacer mucho. Son demasiadas las cosas que se pretende hacer, en los centros y en las empresas, en un espacio de tiempo tan reducido.

Si tomamos, por ejemplo, un Módulo de nivel 2 como el de 'Mantenimiento en Línea', los alumnos han de realizar las siguientes actividades. Tienen que hacer Prácticas en talleres, con lo que eso supone de preparación y desarrollo en términos de tiempo. Por otro lado, no deben olvidar la parte teórica; y con razón, porque, de lo contrario, estaríamos ante una pura acumulación de destrezas manuales. Está después el hecho de que el profesor no puede empezar directamente con lo específico de

la profesión: dada la situación con que llegan al Módulo muchos de los alumnos, ha de empezar a menudo por una cierta preparación introductoria. Y eso sin contar con la cuestión de la 'polivalencia': se trata de capacitar a los jóvenes para que sepan funcionar en una pluralidad de situaciones y realizar tareas diversas. Si, por último, a todo esto añadimos el período de Prácticas en las empresas, se entenderá fácilmente lo limitado de un curso escolar para llevar a cabo tantas y tan complejas tareas.

Aparentemente, en los Módulos administrativos como, por ejemplo, el de 'Auxiliar de Administración y Gestión', los problemas de tiempo parecen hacerse sentir menos. Y eso que la materia principal del Módulo -Procesos de Administración y Gestión- engloba temas de hasta cuatro asignaturas diferentes: 'ven un poco todo lo que se hace en la empresa', en palabras de uno de nuestros interlocutores.

Con todo, la impresión que se saca del desarrollo de un Módulo Profesional como éste es que, si no hay demasiados problemas de tiempo, es porque realmente la temática que ven los alumnos es bastante sencilla, de carácter un tanto genérico e introductorio: se les da un poco de todo, pero sin muchas exigencias. De hecho, como reconocen los propios responsables, el nivel del Módulo no es muy alto: se trata de 'una vía rápida al mundo laboral, a nivel de auxiliares'. Cabe, de todos modos, preguntarse si, tal y como está planteado el Módulo y teniendo en cuenta el nivel de la gente que accede a él, prepara realmente para las tareas que en el mundo laboral esperan hoy a un auxiliar administrativo. Si se puede dar todo en un curso, incluidas Prácticas en las empresas, ¿no será porque se ha puesto el listón muy bajo?

En el caso de los Módulos de nivel 3, el hecho mismo de que para acceder a ellos haga falta haber completado el Bachillerato o estudios similares, hace que estemos ante un alumnado distinto del que llega a los Módulos de nivel 2. Y esto,

obviamente, configura una situación diferente en una serie de aspectos. A pesar de lo cual, también aquí existen importantes problemas.

El fundamental, al igual que en el caso de los Módulos de nivel 2, es la escasez de tiempo. Se dan demasiadas cosas en unos pocos meses, sobre todo en las materias centrales del Módulo. Y, cuando se dan demasiadas cosas, es evidente que no pueden darse bien. Lo hemos visto en varios de los casos analizados. A veces, lo que los actuales alumnos de FP II ven en varios años, en el Módulo llega incluso a darse en un par de meses. Si no existen unos conocimientos previos, el resultado no puede ser muy serio.

En principio, se puede pensar que es tiempo suficiente para completar la formación de quienes vienen ya con un cierto bagaje en una determinada área profesional. Porque no hay que olvidar que se trata de Módulos de nivel superior que requieren ciertos conocimientos técnicos previos si se quiere que los alumnos aprovechen realmente la formación propia del Módulo. El problema está precisamente en que, por lo que hemos podido observar, son bastantes los alumnos que no traen ese bagaje previo. Y esto hace que el nivel de formación que se les proporciona de hecho en los Módulos, tal y como éstos están hoy funcionando, no sea muy alto.

Para tratarse de formación profesional de nivel superior, que pretende preparar a la gente para puestos de trabajo verdaderamente cualificados, a nivel de técnico, no parece que el planteamiento sea demasiado exigente. En Módulos como los de 'Mantenimiento de Máquinas y Sistemas Automatizados' o de 'Administración de Empresas', hemos podido constatar cómo incluso los alumnos procedentes de BUP y COU, que prácticamente no han visto nada de los contenidos del Módulo antes, han podido sacarlo en unos meses. En este contexto, no es de extrañar que surja desde bastantes medios, tanto educativos como empresariales, el interrogante sobre si la nueva Formación Profesional

va a ser capaz de alcanzar los niveles que hoy por hoy, con todas sus deficiencias, logra la FP II.

Por último, hay una cuestión de la que depende en buena medida el futuro de los Módulos y, en definitiva, la renovación de la Formación Profesional que se pretende: y es el grado de aceptación por parte de los propios jóvenes.

En lo que a los Módulos de nivel 2 se refiere, aunque depende de centros, en general no parece que esté habiendo demasiada demanda. La mayoría de los alumnos que terminan bien los dos años del BG prefieren seguir estudiando y hacer alguno de los Bachilleratos específicos. Una de las razones que parece empujarlos en esta línea es la falta de continuidad entre Módulos: hacer un Módulo de nivel 2 es aceptar ya de alguna manera este punto como final del recorrido educativo. Lo que tiende a dar a estos Módulos de nivel 2 una imagen un tanto devaluada -parecen estar destinados para quienes fracasan en los estudios-, con el riesgo de hipotecar así las posibilidades de la Reforma en este terreno.

Por su parte, los Módulos de nivel 3, para incorporarse al trabajo al término de los Bachilleratos, sí parecen tener mejor acogida, aunque depende de situaciones. Cuando se trata de gente que tradicionalmente ha hecho la FP, lo que ocurre es que se sustituye FP II por un Bachillerato como el BTI o el BAG y un Módulo de nivel 3. De manera general, sin embargo, parece haber bastante reticencia hacia los Módulos. Por un lado, su misma brevedad contribuye a dar de ellos una imagen no demasiado seria: quizás supongan una cierta preparación profesional, pero, desde el punto de vista del mercado de trabajo, no parecen proporcionar una titulación realmente válida. Por otro lado, su exclusiva orientación hacia el mundo laboral, cierra de alguna manera la posibilidad de continuar estudios a otros niveles. Con lo cual cabe preguntarse si incluso los Módulos de nivel 3 no van a tener problemas de aceptación entre los jóvenes.

4. La Prácticas en las empresas: Resultados y posibilidades.

Desde el punto de vista de la inserción laboral de los jóvenes, la Prácticas en las empresas pueden ser un elemento importante (Bertier y Dost, 1987; Alemany, 1990). En tres aspectos, fundamentalmente. Pueden contribuir a su socialización en el mundo del trabajo, favorecer su contratación por parte de las empresas y completar la formación profesional y técnica que reciben en los centros de FP. Una cosa son, sin embargo, las posibilidades y otra la realización de las mismas en la práctica. De ahí la importancia de ver qué está ocurriendo con este tema; sobre todo teniendo en cuenta que, con la aplicación de la LOGSE, el sistema se va a generalizar, ya que las Prácticas forman parte integral de los Módulos Profesionales.

a) La socialización en el mundo del trabajo.

Si hay algo en lo que todos parecen coincidir a la hora de enjuiciar los resultados del programa de Prácticas en alternancia que viene desarrollándose en FP II desde hace ya unos cuantos años, es en su acción socializadora de los jóvenes en relación con el mundo del trabajo. Durante el período de Prácticas, los alumnos aprenden a 'manejarse' en un mundo muy diferente del que hasta entonces han conocido en el centro escolar, como es el mundo de la empresa. Es un primer contacto con el mundo laboral que les ayuda a ir asimilando poco a poco los valores y normas sociales que rigen en él.

Por lo que hemos podido observar en nuestro estudio, la experiencia de las Prácticas en las empresas contribuye al proceso de socialización de los jóvenes en dos aspectos fundamentalmente: disciplina y relaciones laborales, por un lado, y competitividad y motivación, por otro.

En el primer punto, aún cuando no son todavía trabajadores propiamente dichos -no tienen contrato laboral-, el hecho de participar en la actividad de la empresa supone ya someterse a una disciplina (de asistencia, de horarios, de trabajo, etc.) muy distinta de la que pueden encontrar en el funcionamiento de un centro escolar.

De igual manera, cambian también mucho las relaciones sociales. Las relaciones que mantienen con los profesores en el centro tienen características claramente diferentes de las que definen las relaciones jerárquicas en el medio laboral. Las primeras son, de ordinario, mucho más cercanas e igualitarias, aunque también pueden ser a veces excesivamente protectoras y paternalistas. Y, en este sentido, el contacto con la empresa les hace conocer por propia experiencia la dura realidad del mundo del trabajo al que están destinados.

Por otro lado, uno de los rasgos que definen el mundo del trabajo es el de la competitividad. Desde el primer momento, estos jóvenes están sometidos a los procesos de selección que llevan a cabo las empresas donde realizan las Prácticas. Lo que ejerce sobre ellos presiones importantes para ajustarse a lo que la empresa desea, tanto en competencia técnica como en formas de conducta y de trabajo. En este mismo sentido, descubren también la importancia de las titulaciones académicas si quieren evitar los puestos de trabajo inferiores. Suficientes razones todas ellas, no sólo para no abandonar los estudios, sino para trabajar duro y terminar FP II o incluso continuar más allá, como de hecho hacen algunos de ellos.

La experiencia que supone para estos jóvenes el período de Prácticas en una empresa puede ser, pues, un factor importante en su evolución personal. Por lo que los profesores suelen observar, y lo que ellos mismos reconocen después, el contacto con el mundo del trabajo les ayuda a madurar: abandonan ciertos comportamientos infantiles, se hacen más responsables, se interesan por cuestiones y temas que antes no les llamaban la

atención... De ahí precisamente la importancia de una buena organización de las Prácticas, si se quiere que este proceso de socialización en el mundo del trabajo y de evolución personal de los propios jóvenes sea positivo para ellos.

b) Las Prácticas y el empleo.

En los planteamientos que han guiado desde sus inicios el programa de Prácticas en alternancia, ha estado siempre presente el objetivo del empleo. Normalmente, se ha pretendido que, además de contribuir a la formación de los alumnos, funcionaran también como mecanismo de empleo de cara a un posible puesto de trabajo. De hecho, éste es el factor que más ha motivado a los propios jóvenes.

Desde mediados de los años ochenta, al remitir la crisis económica, toda una serie de empresas, después de muchos años de destrucción de empleo, pudieron plantearse de nuevo la inversión y el crecimiento. Y, en ese momento, se encontraron con que no disponían de fuerza de trabajo suficientemente cualificada como para afrontar en condiciones la nueva situación, con todo lo que ésta suponía de transformación y cambio tecnológico. Lo que les ha llevado a recurrir a la mano de obra joven y preparada que salía de los centros de FP con ganas de incorporarse al trabajo (Herranz, 1990; Homs, 1991).

En este sentido, la demanda de gente con FP II por parte de las empresas, sobre todo en el caso de las ramas técnicas, ha experimentado una evolución claramente positiva. La mayoría de los alumnos de especialidades como Electrónica, por ejemplo, han encontrado trabajo, si no es en un sitio en otro. Y, en esto, las Prácticas favorecen, directa o indirectamente, su inserción profesional. No es que se las valore por parte de las empresas como 'experiencia laboral' propiamente dicha. Pero sí son valiosas, sobre todo cuando se las hace en empresas de una cierta entidad. Sirven para quedarse en la propia empresa y,

dentro de ella, poder optar a un mejor puesto según la apreciación que tengan del alumno los responsables; y, si esto no es posible, para encontrar más fácilmente empleo en otras empresas.

Esta situación, aparentemente boyante, de los alumnos de ciertas ramas técnicas, sobre todo cuando acceden a empresas de una cierta importancia, no puede generalizarse, sin embargo. En otras especialidades, la gente tiene más dificultades para encontrar trabajo y, cuando lo encuentran, se trata normalmente de puestos de trabajo bastante menos interesantes.

Es el caso, por ejemplo, de los administrativos que se encuentran ante un mercado de trabajo muy competitivo. Tienen que competir con los de BUP y COU e incluso con la gente de carreras de grado medio o estudiantes universitarios que lo dejan en los primeros cursos. Los empresarios disponen en este caso de todo un abanico donde elegir; con lo que los alumnos de FP, que se encuentran en el escalón más bajo, se ven forzados a aceptar los puestos de trabajo menos interesantes. Las Prácticas están ayudando a estos alumnos a superar, al menos en parte, este handicap, en la medida en que les permiten precisamente demostrar su valía en la práctica.

De todos modos, no hay que olvidar que estamos hablando de alumnos de FP II y de antes del actual período de recesión. La situación es hoy un tanto diferente, al haber menos puestos de trabajo disponibles. Lo importante es, sin embargo, ver en qué medida el sistema de Prácticas en las empresas puede funcionar como un buen cauce de inserción laboral, capaz de responder a las necesidades de las empresas y de favorecer el empleo de los jóvenes. Y, en esto, nuestra apreciación es que, bien organizadas, tienen bastante que ofrecer.

c) La formación técnica.

Los resultados de las Prácticas desde el punto de vista

de la formación técnica de los alumnos son quizá los menos claros. A este respecto, la situación deja todavía bastante que desear en muchos casos.

El que los jóvenes se formen técnica y profesionalmente durante el período de Prácticas depende del tipo de tareas y actividades que se les encomiende. Una cosa son las posibilidades formativas que, en principio, existen en una empresa y otra muy diferente las que, de hecho, tiene el alumno de acuerdo con el puesto que ocupa o las tareas que realiza. El problema está en que la selección de este puesto y la fijación de estas tareas se hacen más de acuerdo con las necesidades de la empresa que con la formación de los jóvenes.

En este sentido, hay empresas en que los objetivos del programa de Prácticas se ven totalmente desvirtuados: simplemente se utiliza a los alumnos para cubrir huecos, ahorrándose así el tener que contratar a otras personas. El fenómeno tiende a darse sobre todo en las pequeñas empresas, como hemos podido constatar.

De manera más general, son bastantes las empresas que mantienen a los jóvenes haciendo tareas rutinarias y repetitivas, en las que no hay mucho que enseñar ni que aprender. Se les dice al principio lo que tienen que hacer y se les remite a una persona para que puedan preguntar en caso de duda. El aprendizaje que tiene lugar en estas condiciones es muy limitado: al tratarse de tareas no muy complicadas, se aprende enseguida las cuatro cosas que hay que tener en cuenta para poderlas realizar. De hecho, en la mayoría de los casos, no existe plan alguno de formación. Ni se fijan objetivos ni se señalan tareas apropiadas para alcanzarlos. Todo se reduce a la experiencia que el alumno pueda buenamente adquirir al realizar el trabajo.

Ciertamente, nos hemos encontrado también con situaciones en que los jóvenes han vivido durante el período de Prácticas una buena experiencia de formación y aprendizaje. Es el caso, por ejemplo, de administrativos que han estado en oficinas bancarias

realizando muchas de las tareas que lleva a cabo el personal laboral en el desarrollo cotidiano de su actividad, incluida la atención directa al cliente. O, en el caso de especialidades técnicas como la Electrónica, por ejemplo, han entrado en contacto con tecnologías que no habían visto anteriormente y han tenido que hacer frente a tareas que les exigían un verdadero esfuerzo de aprendizaje. Algunos de ellos, no sólo han desarrollado experiencia a través de la práctica, sino que han llegado además a adquirir nuevos conocimientos teóricos, más allá de los que les había proporcionado el centro.

En alguna de las empresas hemos podido constatar incluso la existencia de una cierta pedagogía en el desarrollo de las Prácticas. En uno de los casos, por ejemplo, tenían organizadas las Prácticas en forma de proceso, con fases sucesivas, permitiendo así avanzar al alumno de lo más fácil a lo más difícil. Asimismo, a medida que iba pasando de unas fases a otras, se otorgaba al alumno mayores grados de autonomía en la realización de las tareas. Acompañado todo ello con el soporte de la ayuda técnica necesaria por parte de trabajadores cualificados y del personal responsable.

Con todo, incluso en casos como éste, el actual programa de Prácticas en alternancia, tal y como está funcionando, tiene sus limitaciones. Como es lógico, toda empresa plantea sus actividades -en este caso, la de formación del personal- de acuerdo con sus intereses y sus objetivos particulares. Y es normal. Por eso, en la medida en que la organización de las Prácticas está exclusivamente en sus manos, no es de extrañar que la empresa las oriente fundamentalmente a preparar a los jóvenes para puestos de trabajo determinados, que es lo que le interesa.

En este sentido, se hace notar la falta de una programación conjunta entre los responsables del centro escolar y la empresa, que es lo que podría permitir plantear un proceso formativo menos condicionado por las exigencias particulares de la empresa y más por los contenidos profesionales que se

consideran indispensables desde el punto de vista de la especialidad. Lo que contribuiría a articular las Prácticas en la empresa con las correspondientes materias teórico-tecnológicas del plan de estudios que siguen los alumnos en el centro.

La cuestión del personal que se ocupa de ellos durante el período de Prácticas es el otro factor fundamental que falla en muchos de los casos. De su capacidad y dedicación depende en gran medida el éxito de la experiencia. El problema está precisamente en que éste es, en general, uno de los aspectos menos atendidos y organizados por parte de las empresas. Aunque aquí también, al igual que en la asignación de tareas, existen diferencias entre unos casos y otros.

5. ¿Hacia un sistema integrado de estudio y trabajo?

La transición desde el sistema educativo al mundo laboral puede ser bastante mejor de lo que es hoy para amplios sectores de jóvenes. Puede ser una transición más suave y menos traumática, una transición más rica desde el punto de vista formativo y más eficiente desde la perspectiva laboral. El largo período de tiempo que representa a menudo el proceso de transición de la escuela al mundo laboral puede, sin duda, ser aprovechado mucho mejor de lo que hoy lo es en infinidad de casos. En él, se puede favorecer la motivación del joven para que obtenga un mejor rendimiento de sus estudios académicos, por un lado; y se puede, por otro, complementar la formación académica con una experiencia laboral que le enseñe las lecciones que la escuela no le puede enseñar.

En la situación actual, la separación entre sistema educativo y mundo laboral es tal que no favorece el desarrollo de un proceso de transición con estas características. Debido precisamente a su desconexión, ninguno de los dos contextos

realiza bien la parte que le corresponde en el proceso de transición. El resultado es que tenemos una enseñanza academicista y poco motivadora para muchos jóvenes y unas primeras experiencias laborales poco formativas o incluso claramente insatisfactorias, sin hablar de las situaciones de paro y marginación. Sólo la integración de ambos contextos -educativo y laboral- de manera sistemática y generalizada puede contribuir a superar estos problemas, configurando un proceso de transición con caracteres bastante más positivos que los que definen la situación actual.

La Reforma educativa que ha llegado a plasmarse en la LOGSE busca, sin duda, mejorar la preparación de los jóvenes con vistas a su incorporación a la vida activa. De hecho, la estructura del sistema educativo que se propone para el ámbito de las Enseñanzas Secundarias puede considerarse satisfactoria y válida en su conjunto. Por un lado, desaparece la doble vía anteriormente existente -BUP y FP-, con lo que todos están ahora juntos en unos mismos centros y realizando unos mismos estudios. Y, por otro, se busca completar los aspectos académicos con los profesionales, a través de la combinación de la ESO o del Bachillerato con Módulos Profesionales de distintos niveles. Una cosa es, sin embargo, la estructura, el 'marco' de funcionamiento que se propone, y otra el 'contenido' que se ha puesto en él. Y, lo que es más importante, las posibilidades que existen de hacer realidad ese contenido en la práctica (Fdez. Enguita, 1990).

El análisis de lo que viene ocurriendo con las propuestas de la Reforma en los centros experimentales permite, como hemos visto, evaluar los puntos fuertes y débiles de las mismas y ver las condiciones necesarias para su realización. Vistas las cosas desde la perspectiva de la preparación de los jóvenes para su inserción profesional, hay toda una serie de problemas que es preciso abordar seriamente si se quiere lograr los objetivos que, en principio, se plantea la Reforma a este respecto, como hemos visto.

En conjunto, se puede decir, pues, que tenemos toda una serie de elementos -ESO, Bachilleratos, Módulos Profesionales y Prácticas en las empresas- con serios problemas que resolver, pero también con potencialidades de desarrollo. Posiblemente, si se aborda cada uno de ellos de manera inconexa, no se logre resolver los problemas y puede que se desvirtúen las potencialidades. En cambio, lo contrario puede ser cierto si se consigue ligar unos con otros en un marco más amplio, como el que se daría en el caso de una mayor integración entre el mundo educativo y el mundo laboral, a que hicimos referencia antes.

Cuando hablamos aquí de 'integración' de los contextos educativo y laboral, es en un sentido fuerte, que permita hacer de la relación entre uno y otro contexto un entramado institucional nuevo. Algo que permita, durante un período más o menos largo, combinar formación y trabajo en diferentes grados, de manera que la persona pueda ir pasando poco a poco del medio educativo al laboral. Al comienzo del proceso habrá de predominar sin duda el aspecto formativo, para ir después cobrando más importancia el específicamente laboral; aunque, si se quiere que el sistema funcione realmente, ambos aspectos habrán de estar presentes a lo largo de todo el proceso de transición.

La configuración de un sistema que permitiera, a partir del término de la enseñanza obligatoria, combinar educación y trabajo en proporciones diferentes y con distintas formas y modalidades, no es indudablemente una tarea fácil. La construcción de un nuevo entramado institucional en una sociedad es siempre algo complejo, condicionado por las instituciones ya existentes, cada una de ellas con sus características y modos de funcionar propios, así como por los intereses y planteamientos de los diferentes actores sociales implicados en el proceso (Finegold y Soskice, 1988; Streek, 1989; Marsden y Ryan, 1990).

No es cuestión, evidentemente, de ponernos ahora a examinar cómo puede construirse un tal sistema a partir de las realidades concretas españolas. Con todo, sí puede ser útil -y

es lo que vamos a hacer para terminar- señalar algunos de los rasgos que han de definir un sistema integrado de formación y trabajo, si se quiere que alcance los resultados apetecidos. En esto, las experiencias de otros países de nuestro entorno pueden ciertamente ayudar; por las lecciones, tanto positivas como negativas, que de ellas se pueden sacar (Ryan, 1991). Aunque, posiblemente, lo que más necesitemos en nuestro caso sea analizar en profundidad la propia situación española, viendo cómo podemos avanzar a partir de donde estamos.

- Para empezar por lo más elemental, aunque no por eso fácil de realizar, un sistema integrado de educación y trabajo al término de la enseñanza obligatoria ha de orientarse al conjunto de los jóvenes y no sólo a los fracasados del sistema educativo. En la medida en que se lo conciba exclusivamente como solución para quienes tienen dificultades en los estudios, se habrá destruido toda su potencialidad. Se convertirá para los jóvenes y sus familias en una opción de segundo orden, sin prestigio social y, por tanto, poco atractiva para la mayoría. No servirá, entonces, ni siquiera para los que más la necesitan: los sectores que rechazan la escuela o que tienen dificultad con los estudios (Hamilton, 1990).

Y de esto, en España tenemos bastante experiencia, tanto por lo ocurrido desde sus inicios con la FP I, como por el desarrollo de muchos de los cursos de formación ocupacional para jóvenes desempleados a lo largo de los últimos años. Por el contrario, si algo explica, por ejemplo, los resultados del sistema de formación dual alemán, es sin duda su capacidad de atracción para amplios sectores juveniles. Sobre este punto, cada vez es mayor la convergencia y el consenso en Europa, independientemente de las formas de llevarlo a cabo que se adopten en cada uno de los países (Lindley, 1991; Ryan, Garonna y Edwards, 1991).

- Ahora bien, para que esto sea posible, tiene que darse una segunda condición. Es necesario que el sistema permita

acceder a tipos de ocupaciones suficientemente prestigiadas desde el punto de vista social: lo que suele denominarse 'buenos empleos'. De lo contrario, no es de esperar que atraiga a amplios sectores de jóvenes. En este sentido, la apertura puede venirle al sistema de dos direcciones complementarias: por un lado, ha de abarcar la amplia gama de ocupaciones del sector servicios, que cada vez tienen más peso en las economías desarrolladas; y, por otro, a través de él, ha de ser posible acceder al menos a los puestos de trabajo que exigen 'cualificaciones intermedias' (Ryan, 1991).

Así, hoy ya no sirve el concepto tradicional del 'aprendizaje' en las empresas, o incluso de la formación profesional escolar, excesivamente ligado a empleos en la industria para obreros cualificados. La apertura del sistema hacia todo tipo de ocupaciones en áreas como administración, contabilidad, gestión, servicios personales y a las empresas, asistencia médica y sanitaria, etc. es imprescindible. Tiene, además, la ventaja de ampliar las posibilidades laborales de la mujer. Pero, esta ampliación del abanico de ocupaciones, a nivel horizontal, podríamos decir, ha de verse reforzado igualmente en sentido vertical. El sistema ha de permitir el acceso a puestos de cualificación intermedia, de técnicos especialistas y similares, con posibilidades reales de avance y promoción en los centros de trabajo, sea en la empresa privada o en el sector público.

- El tercer elemento que ha de configurar un sistema combinado de educación y trabajo con posibilidades reales de éxito, es su ligazón con el sistema educativo. En una sociedad como la nuestra, con la importancia que tienen en ella los títulos académicos, no es posible construir ningún tipo de entramado institucional que no tenga esto en cuenta. Un sistema, cuyos resultados cuenten sólo con 'acreditación laboral', por muy bien que funcione desde el punto de vista de la formación técnica y profesional, sería un sistema poco atractivo y, consiguientemente, sin posibilidades de futuro. La 'acreditación académica'

es fundamental.

Hoy, por ejemplo, los certificados de aprendizaje o de formación ocupacional en las empresas tienen poco valor en el mercado y ninguno para poder continuar estudios. De ahí la necesidad de encontrar modos y maneras de integrar la formación recibida en la escuela y la que proporcione la empresa en un mismo entramado institucional, que proporcione acreditaciones con valor tanto académico como laboral. Esto implica, de alguna manera, un cierto grado de 'intercambiabilidad' entre uno y otro tipo de formación. Para lo cual son indispensables sistemas de evaluación basados en la 'competencia' de las personas, independientemente del modo como se haya alcanzado esa competencia. Algo que, sin duda, plantea importantes problemas en relación con los métodos de evaluación vigentes hoy en el sistema educativo. Al igual que los plantea también en cuanto a la calidad del tipo de formación que tiene lugar en las empresas.

- Esto nos lleva a la cuestión del enfoque que ha de darse al sistema en su funcionamiento. Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir sobre la ligazón con la educación y la acreditación académica, es evidente que el sistema ha de estar orientado fundamentalmente hacia objetivos generales de educación y formación de las personas, más que hacia la preparación específica para un empleo (Díaz Malledo, 1985; Ordovas, 1988; Carabaña, 1988). En este sentido, la parte laboral del programa, que sin duda supone trabajar en algún tipo de profesión u ocupación específica, ha de entenderse como un 'medio' para el fin de la formación general, y no como un fin en sí misma.

Se trata, por tanto, de utilizar los lugares de trabajo como entornos de aprendizaje, ligando la experiencia laboral con la enseñanza académica. Puestos de trabajo que tengan realmente potencialidades formativas según los niveles, pueden proporcionar verdadera capacitación en un área o campo profesional determinado. Por otro lado, aprender a través de la experiencia laboral es ciertamente motivador para muchos jóvenes. Lo mismo que puede

serlo el estudiar material académico en los centros escolares, cuando se ve su relación con una ocupación real en la que se tiene interés. A lo cual hay que añadir las posibilidades de socialización en los valores, normas y modos de comportamiento propios de la profesionalidad y del mundo del trabajo que una experiencia laboral bien organizada comporta.

- Indispensable para que todo el conjunto funcione es la cuestión del empleo. Sin una relación entre el proceso de formación y las posibilidades de empleo, pueden desvirtuarse el resto de los elementos del sistema (Junankar, 1987; Ashton y otros, 1987; Marsden y Germe, 1991). Los jóvenes tienen que tener ciertas garantías, aunque sean implícitas, de que su esfuerzo va a verse recompensado con un contrato laboral o con el paso a puestos de trabajo más estables. Lo que puede ocurrir en la misma empresa donde están durante el período de formación o en otras, en la medida en que se les reconoce la capacitación profesional y académica que han conseguido.

Tendríamos así un mecanismo de inserción laboral, que puede ser positivo tanto para los jóvenes como para las empresas que los reciben. Para los primeros, la ventaja es clara, al disponer de un cauce que les permite pasar de la escuela al trabajo de manera bastante menos precaria y aleatoria de lo que hoy lo hacen muchos de ellos; además de haber aprovechado el período de transición para formarse y, consiguientemente, acceder al mundo laboral en mejores condiciones. En el caso de las empresas, la ventaja es doble: por un lado, disponen de un buen mecanismo de selección del personal, a través del contacto que mantienen con los jóvenes en formación. Y, por otro, pueden influir en su formación de manera que desarrollen aquellos rasgos profesionales y formas de actuar más acordes con las características específicas de la empresa o de los puestos de trabajo a que los destinan.

- Por último, un sistema de estas características tiene que ser por necesidad flexible y abierto. Cuando hablamos de

'entramado institucional', estamos sin duda haciendo referencia a algo que aspira a una cierta estabilidad, en base a formas de organización, modos de funcionar y comportamientos colectivos ampliamente compartidos por todos los implicados. Pero esto no significa necesariamente uniformidad o rigidez. Al contrario: un sistema que pretenda integrar dos realidades tan distantes como son hoy la educación y el mundo laboral, tiene que ser por necesidad multiforme. Ha de adoptar una variedad de formas que permita responder adecuadamente a la pluralidad de objetivos y necesidades de los jóvenes, así como a los de las empresas y los diferentes mercados de trabajo.

Desde el punto de vista de los jóvenes, sobre todo, un sistema combinado de estudio y trabajo, si quiere tener éxito, ha de ser muy abierto. Ha de permitir la entrada en distintos puntos del recorrido, el paso de unas formas a otras durante el mismo y, a su término, conducir a diferentes opciones de estudios y empleo. El territorio y las rutas que lo surcan han de estar claramente marcadas, para que todos -familias, jóvenes, centros educativos y empresas- sepan a que atenerse. Pero, dentro de ese territorio, los jóvenes, que son quienes han de recorrerlo, necesitan disponer de amplios márgenes de elección de ruta e incluso de cambio de la misma; lo que no significa que no hayan de asumir en cada caso las responsabilidades inherentes a su elección.

Dentro de esta variedad de formas, cabe pensar en una primera etapa en la que el sistema se apoye más en la escuela, para desembocar después en otra configurada ya a partir de un contrato laboral. En el primer caso, estaríamos fundamentalmente ante alumnos que realizan al mismo tiempo una experiencia formativa en el medio laboral. Iría en la línea de las actuales Prácticas en las empresas, sólo que con una mayor calidad y extendidas a colectivos más amplios. En el otro caso, se trataría más bien de jóvenes ya contratados que continúan al mismo tiempo su educación y formación. Supondría un desarrollo en cantidad, y sobre todo en calidad, de los actuales 'contratos en prácticas'

y 'para la formación', convirtiéndolos en contratos a tiempo parcial, para así permitir compaginar el trabajo con los estudios.

Se trataría, pues, de partir de las realidades hoy ya existentes, para mejorarlas e integrarlas en un conjunto más amplio. Mejora e integración para cuyo desarrollo han de darse, sin duda, toda una serie de condiciones, tanto por parte del sistema educativo como por la de las empresas y del mercado de trabajo en general. Lo que, ciertamente, no va a ser fácil; aunque tampoco cabe pensar que no se vaya a avanzar por esta línea en los próximos años.

REFERENCIAS.

- ADAMSKI, J. y GROOTINGS, P. (eds.), (1989) Youth, Education and Work in Europe, Routledge, Londres.
- ALEMANY, M.C., (1990) "¿Las prácticas en empresa: Hacia una redefinición del aprendizaje y del lugar de formación?", Revista de Educación, 293, 175-183.
- ASHTON, D. y otros, (1987) Restructuring the Labor Market: Implications for Youth, Macmillan, Londres.
- BERTIER, M.S. y DOST, F., (1987) "Ecole-entreprise, quel rapprochement?", Economie et Humanisme, 298, Nov.- Dic., 27-35.
- C.E.D.E.F.O.P., (1989) "Educación general y formación profesional", n° monográfico de Formación Profesional, 1.
- C.I.D.E., (1991) El sistema educativo español, MEC, Madrid.
- CARABAÑA. J., (1988) "En torno a la Formación Profesional y el mercado de Trabajo", en II Congreso Mundial Vasco, Planificación de la Educación y Mercado de Trabajo, Narcea, Madrid.
- CASAL, J.; MASJUAN, M. y PLANAS, J., (1990) "La inserción social de los jóvenes", Revista de Educación, 293, 109-122.
- COLEMAN, J.S. y HUSEN, T., (1989) Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio, Narcea, Madrid.
- DE PABLO, A., (1993) La vinculación de la Formación Profesional

- con el mundo del trabajo, C.I.D.E., Madrid.
- DIAZ MALLEDO, J., (1985) "Educación y empleo: algunas reflexiones sobre la llamada Formación Profesional", en A. Espina y otros (comps.), Estudios de economía de trabajo en España, vol. I, M^o de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 479-497.
- FERNANDEZ ENGUIITA, M., (1990) Educación, Formación y Empleo en el umbral de los noventa, C.I.D.E., Madrid.
- FINEGOLD, D. y SOSKICE, D., (1988) "The failure of training in Britain; Analysis and Prescription", Oxford Review of Economic Policy, 4, 3, 21-53.
- GLEESON, D., (1989) The Paradox of Training, Open Univ. Press, Londres.
- HAMILTON, S.F., (1990) Apprenticeship for Adulthood. Preparing Youth for the Future, Free Press, New York.
- HERRANZ GONZALEZ, R., (1990) "La inserción laboral de los técnicos especialistas de FP2: Un análisis comparado de las orientaciones y experiencia de empleo en tres mercados locales de trabajo", Revista de Educación, 293, 151-173.
- HOMS, O., (1991) "Cualificación y formación en las empresas españolas", en Miguelez, F. y Prieto C. (eds.), Las relaciones laborales en España, Siglo XXI, Madrid, 117-130.
- JUNANKAR, P.N. (ed.), (1987) From School to Unemployment? The Labour Market for Young People, Macmillan, Londres.
- LINDLEY, R.M., (1991) "Interactions in the Markets for Education Training and Labour: A European Perspective on Intermediate Skills", en Ryan, P. (ed.), International Comparisons of Vocational Education and Training for Intermediate Skills, Falmer Press, Londres.
- M.E.C., (1988) Proyecto para la Reforma de la Educación Técnico-Profesional. Propuesta para debate, M^o Educación y Ciencia, Madrid.
- M.E.C., (1989) Diseño curricular base. Educación Secundaria Obligatoria, M^o Educación y Ciencia, Madrid.
- M.E.C., (1989) Libro blanco para la reforma del sistema educativo, M^o Educación y Ciencia, Madrid.
- MARSDEN, D.W. Y RYAN, P., (1990) "Institutional aspects of youth employment and training policy in Britain", British Journal of Industrial Relations, 28, 351-369.
- MARSDEN, D.W. y GERME, J.F., (1991) "Young people and entry paths to long-term jobs in France and Great Britain", en Ryan, P.; Garonna, P. y Edwards, R.C. (eds.), The Problem of Youth: The Regulation of Youth Employment and Training in

Advanced Economies, Macmillan, Londres.

- ORDOVAS, R., (1988) "Desempleo juvenil y déficits educativos", Economía y Sociología del Trabajo, 1-2, 53-59.
- PLANAS, J.; MASJUAN, J.M. y CASAL, J., (1990) La transición de la escuela a la vida activa, C.I.D.E., Madrid.
- RYAN, P. (ed.), (1991) International Comparisons of Vocational Education and Training for Intermediate Skills, Falmer Press, Londres.
- RYAN, P.; GARONNA, P. y EDWARDS, R.C. (eds.), (1991) The problem of Youth: The Regulation of Youth Employment and Training in Advanced Economies, Macmillan, Londres.
- SPOURS, K. y YOUNG, M., (1988) "Beyond Vocationalism: A new perspective on the relationship between work and education", British Journal of Education and Work, 2, 2, 5-13.
- STREEK, W., (1989) "Skills and the limits of Neo-Liberalism: The enterprise of the future as a place of learning", Work, Employment and Society, 3, 1, 89-104.
- WALLACE, M. y CROSS, M. (eds.), (1990) Youth in Transition: The Sociology of Youth and Youth Policy, Falmer Press, Londres.